



PROGRESO Y DISCORDIA

José Miguel Moreno

PROGRESO Y DISCORDIA



Primera edición: diciembre de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Miguel Moreno

© Fotografía de portada: Eva Rista

Creative Commons Attribution 4.0. International

ISBN: 978-84-19595-58-4

ISBN digital: 978-84-19595-59-1

Depósito legal: M-30895-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Pablo y Belén

Cuando quieras ayudar a la gente, diles la verdad.
Cuando quieras ayudarte a ti mismo, diles lo que quieran oír.

THOMAS SOWELL

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	15
PRIMERA PARTE. EL PROGRESO	21
1 EL ORIGEN DEL PROGRESO	23
1.1 Ideal, utopía y progreso real.....	23
1.2 La naturaleza humana	27
1.3 La raíz del espíritu cooperativo	39
1.4 Los beneficios de la cooperación	55
2 LOS TIEMPOS MODERNOS.....	65
2.1 Estado de derecho, libertad e igualdad.....	66
2.2 El Estado del bienestar.....	72
2.3 La dignidad de la persona, la tolerancia y el respeto	80
2.4 Los críticos del progreso	88
3 ESTABILIDAD DEMOCRÁTICA Y TREGUA IDEOLÓGICA.....	95
3.1 Los perfiles ideológicos naturales	96
3.2 La tregua en el conflicto de ideas.....	106
3.3 Los cooperadores de hoy	110
3.4 Una democracia imperfecta pero estable	113
3.5 La sociedad igualitaria	120
SEGUNDA PARTE. LA REGRESIÓN	127
4 LA CRISIS MORAL DE EFECTOS DIFERIDOS	129
4.1 Viejos y nuevos valores.....	131
4.2 La desnaturalización del espíritu cooperativo	141

5 EL NUEVO INDIVIDUO.....	149
5.1 Individualismo y egocentrismo	149
5.2 El desinterés por los asuntos públicos	156
5.3 La elusión de la responsabilidad.....	166
5.4 El culto al presente.....	177
5.5 Riesgo y emprendimiento.....	183
6 DISCORDIA Y POLARIZACIÓN	189
6.1 La nueva discordia de ganadores y perdedores.....	190
6.2 La polarización	193
6.3 Irresponsabilidad y conspiracionismo.....	199
6.4 El monopolio de la coacción	203
6.5 La democracia paralizada.....	206
7 LA CRISIS INSTITUCIONAL Y POLÍTICA.....	209
7.1 Convicción y responsabilidad	210
7.2 La representación democrática	213
7.3 Clientelismo y acción colectiva.....	217
7.4 Privilegios y repartos de suma cero	225
7.5 Falta de ideas y conflictos identitarios.....	229
8 LA CRISIS DE LOS RECURSOS PÚBLICOS	233
8.1 El patrimonio público	234
8.2 Los ingresos tributarios	239
8.3 El problema de la deuda pública	252
8.4 La deuda latente de las pensiones	263
8.5 La inercia del déficit público	267
9 EL PROCESO DEL DETERIORO.....	273
9.1 Primeras señales: globalización y precariedad.....	275
9.2 El camino de la regresión económica.....	284
9.3 El tribalismo institucionalizado.....	290
9.4 Progreso tecnológico y conocimiento perdido	294
TERCERA PARTE: REINICIAR EL PROGRESO.....	305
10 LA CONCILIACIÓN DE NATURALEZA Y VALORES	307
10.1 El refuerzo del espíritu cooperativo	307

10.2 La libertad necesaria.....	311
10.3 La conciliación de las instituciones igualitarias	322
10.4 Igualdad y responsabilidad	327
11 MEJORES PERSONAS	333
11.1 Virtud y educación	333
11.2 Incentivos, premios y castigos	341
11.3 Emociones y actitudes	347
12 MARCO CONSTITUCIONAL Y PARTICIPACIÓN.....	353
12.1 Fundamentos ideológicos y políticos	355
12.2 Comunidad y pertenencia al grupo.....	362
12.3 Las reglas de la redistribución.....	375
13 LA FUNCIÓN DEL ESTADO.....	383
13.1 El debate ideológico: liberalismo y responsabilidad	383
13.2 Servicios públicos e igualdad	390
13.3 Impuestos, pensiones y rentas	397
13.4 Voluntad política y calidad de gestión	404
14 TRABAJO Y DEMOGRAFÍA.....	409
14.1 Trabajo y compromiso.....	409
14.2 El problema demográfico	420
CONCLUSIONES	429
BIBLIOGRAFÍA.....	435

INTRODUCCIÓN

Realmente, esto iba a haber sido un libro sobre economía. En concreto, sobre los problemas de sostenibilidad de nuestro estado del bienestar. Pero me invadió la duda: ¿a quién puede interesar hoy un tema así?

Lo cierto es que vivimos en una sociedad que muestra una extrema sensibilidad para descubrir y denunciar todo tipo de problemas o afrentas presentes, pasados o futuros, sobre los que se exige estar alerta (la cultura *woke*), pero, en sentido opuesto, practica el negacionismo colectivo frente a cuestiones económicas tan serias como la obvia dificultad de pagar las pensiones futuras en una sociedad envejecida, o la ingente deuda que estamos cargando a las espaldas de las próximas generaciones. ¿Por qué?

La explicación a esa paradoja pondría, en primer lugar, el foco en esos dirigentes políticos que abordan superficialmente los problemas, con objetivos cortoplacistas, evidenciando su escasa capacitación y una tendencia a la polarización partidista que impide cualquier iniciativa sensata. Pero son los políticos, con sus programas, a los que votamos. Realmente, tanto la irresponsabilidad como la polarización ideológica residen en toda la sociedad.

El problema no es que la gente prefiera hablar de climatología antes que de economía, sino más bien que, dentro de los temas económicos, se habla de aquellos cuya solución se cree poder endosar a los demás, pero no de los que parecen exigir que todos asumamos un impacto.

Dado que esta irresponsabilidad no puede llevar a buen puerto, uno se pregunta si no sufriremos una crisis cultural o moral, que representa el auténtico problema de fondo (más allá de las cifras económicas), sobre el que debemos reflexionar. Viendo cómo nos hemos instalado en el negacionismo, tal vez hablar sobre nuestra relación con la economía (con el trabajo, con los poderes públicos...) sea más relevante que hacerlo sobre los puros datos económicos.

Lo malo es que, al avanzar en esa reflexión, se hace inevitable la idea de que los efectos de esta cierta crisis moral van más allá de una mala coyuntura, y apuntan más bien hacia el final de lo que ha sido un largo ciclo de progreso económico y social. No lo dicen solo las cifras, lo dice también el deterioro de los fundamentos que, en el pasado, nos permitieron progresar.

Y así fue como decidí escribir sobre por qué estamos echando a perder nuestro progreso, por qué empezamos a ir hacia atrás en tantas cosas importantes. Dicho sea, sin perjuicio de incluir en la reflexión los asuntos económicos más críticos.

El progreso no cae del cielo ni se alcanza (o se cuida) solo con buenas intenciones. El progreso ha sido una creación humana y, como tal, imperfecta y contingente. No es algo que nos fuera debido ni es tampoco lo natural, aunque el lado bueno de nuestra naturaleza lo haya posibilitado. Nosotros lo creamos y nosotros mismos lo estamos arruinando.

De hecho, en nuestra propia conciencia colectiva, el progreso ya no es lo que era. Durante mucho tiempo, hemos creído en el progreso como si fuera una especie de dios. Pero, como dijo Nietzsche hablando de la caída de otros dioses, el nuevo dios del progreso también ha muerto, y, a partir de ahora, todo será diferente.

Aunque no estemos hablando del fin de la civilización, el final de un ciclo de progreso de muchas décadas (de más de un siglo en algunos aspectos) no es un asunto baladí. No es solo que tengamos que apretarnos un poco el cinturón, o que nuestros artilugios electrónicos dejen de ser renovados al mismo ritmo actual, o que el PIB suba un poco menos y el desempleo un poco más. Lo peor no será nada de eso. Lo peor será la pérdida de la esperanza colectiva.

La vida es dura y la esperanza es una necesidad vital. Durante muchos siglos las religiones aportaron esa esperanza ante las adversidades, pero, en el siglo xx, la esperanza pasó a ser aportada por la fe en el progreso. Aportó la creencia de que las cosas irían siempre a mejor para el conjunto de la comunidad. Pero ahora no se vislumbra el nuevo recambio, lo cual es un problema. De modo que no será difícil saber cuándo se ha terminado el progreso, aunque no haya una declaración oficial de políticos, científicos o economistas. El progreso se terminará, y los nuevos dioses

habrán caído cuando veamos desaparecer la esperanza. Y ese momento no nos pasará desapercibido. De hecho, efectivamente, ya estamos empezando a verlo.

No obstante, el hecho de que el progreso deje de ser una especie de dios no significa que sus frutos se desvanezcan por completo. El progreso siempre ha dado frutos valiosos, aunque los de ahora sean más escasos y amargos. En nuestra mano estará recuperar los buenos. Ni siquiera sería necesario crear algo completamente nuevo. Bastaría con reiniciar nuestro mismo modelo, sobre unas nuevas bases más realistas y menos autocomplacientes. Sin embargo, no parece que ofrezcamos una buena disposición para ello. Muchos siguen sin reconocer la situación. Y, aun cuando la regresión llegue a ser evidente para todos, no será fácil ponernos de acuerdo en el modo de reinicio. Sufriremos los efectos de uno de los frutos más amargos del progreso, como es la discordia.

Evidentemente, la discordia ha existido siempre. Ni es una novedad de los tiempos modernos ni es un producto que, necesariamente, deba acompañar al progreso. Pero lo cierto es que hemos generado un nuevo tipo de discordia: la de quienes han alcanzado un poder de disposición sobre sus propias vidas, del que antes carecían, y ahora chocan entre ellos por el modo de ejercer ese nuevo poder. La nueva discordia aparenta ser más suave, menos violenta que la de los viejos tiempos, pero no deja de ser corrosiva. Nos debilita y nos paraliza a la hora de afrontar los problemas.

Sin embargo, no descartemos que algo se pueda hacer. En estas páginas incluiremos propuestas para intentar afrontar la regresión, que serán difíciles, pero no utópicas. Tal vez, si seamos capaces de reiniciar el progreso, aunque para ello haya que iniciar una cierta rebelión. El problema de las rebeliones, ya se sabe, es que no siempre se hacen bien. Es más fácil destruir que construir; y ser rebelde no siempre es indicio de inteligencia. Necesitamos una nueva rebelión, pero no la rebelión de los que siempre se rebelan. La nueva rebelión tendría que ser la de la gente sensata que está cansada de ver cómo cualquier debate se polariza en los extremos. No necesitamos más rebeliones de fanáticos, sino una rebelión contra los fanáticos. Una rebelión contra la manipulación y las mentiras. Una hora de la verdad.

¿Y cuáles son nuestros mayores problemas? ¿Por qué se arruina nuestro progreso?

De un tiempo a esta parte, parecen sobrar motivos para el apocalipsis. Se postulan, cuando menos, cuatro: la guerra nuclear, el cambio climático, el agotamiento de los recursos naturales y las pandemias; todos muy respetables, pero no nos centraremos en ellos. No vamos a hablar de hechos, con suceso más o menos incierto, y que escapan en gran medida al control de la gente corriente, sino de lo que está ocurriendo ya, siendo todos nosotros partícipes directos de ello. Apartemos por un momento esos cuatro motivos, donde es tan fácil culpar a los demás, y centrémonos en nuestra propia crisis interior, en la evolución social derivada de nuestro comportamiento.

Así pues, iniciemos nuestra reflexión eligiendo el foco y la perspectiva adecuados. El foco se pondrá sobre las personas; es decir, sobre nuestra naturaleza, nuestra manera de pensar y nuestra conducta en sociedad; y, subsidiariamente, sobre las instituciones sociales en las que cristalizó todo ello. Al fin y al cabo, ya ha pasado tiempo desde que conseguimos la soberanía democrática, y es momento de valorar el ejercicio que hemos hecho de ella, con una honesta autocrítica. Y la perspectiva será la histórica, porque el mejor modo de conocer lo sombrío de nuestro futuro, y los posibles medios de evitarlo, será valorar nuestra propia evolución.

Realmente, ni el progreso es algo que se haya instaurado a partir de una norma publicada en los boletines oficiales ni, como decía Arthur Koestler, la felicidad es una cuestión de ingeniería social. Ninguna persona, ningún colectivo o grupo organizado diseñaron el progreso en ningún cenáculo. Las sociedades son complejas, y sus instituciones (entendidas en sentido amplio) no cambian de la noche a la mañana. Mucho se ha escrito sobre acontecimientos o personajes históricos, pero, si uno profundiza en ellos, advertirá su carácter circunstancial frente a una marea de fondo marcada por la evolución de las personas, llamémoslo cultura, conocimiento, creencias o valores.

En todo caso, nuestro punto de partida ha de ser el reconocimiento, casi entusiasta, hacia las bondades del progreso social de los últimos tiempos. Asumamos ese hecho del mismo modo que debemos apreciar ahora el inicio inminente de la regresión. Ambos son hechos que respon-

den a algo más que sensaciones o estados de humor. Hay elementos de la realidad que son testimonio de ello, e intentaremos exponerlos aquí con cierta precisión.

Nuestro desafío será ir más allá de los muchos análisis parciales existentes, realizados por grandes expertos en materias concretas, con desconocimiento de otras. Nadie puede ser experto en todas, pero, al menos, podemos fijarnos modestamente el objetivo de intentar ofrecer una visión global, en lugar de exhibir erudición en un asunto pequeño. Ya sabemos que, tradicionalmente, ha estado mal visto que los expertos en una materia entraran en el terreno de otra. Las visiones globales se han considerado pretenciosas; además, siempre dejan cabos sueltos, y muchos prefieren no correr riesgos. Pero lo cierto es que necesitamos que los árboles no nos impidan ver el bosque, y llega un momento en que solo lo global es útil. Corramos el riesgo.

De hecho, afortunadamente, va calando la idea de esa necesidad, y cada vez es más frecuente, en el ámbito de las ciencias sociales, ver cómo se combina la reflexión de filósofos, economistas, psicólogos o incluso neurocientíficos, confluyendo, en particular, en un renovado interés por la naturaleza humana y por los rasgos de ella que posibilitan el avance social. En los últimos treinta años, hemos conocido un gran desarrollo de especialidades como la sociobiología o la psicología evolutiva, con biólogos, sociólogos y psicólogos estudiando los fundamentos naturales de la sociabilidad en un contexto evolucionista, mientras los neurocientíficos han centrado su estudio en los fundamentos fisiológicos de la conducta social, y los economistas en el análisis del modo en que tomamos nuestras decisiones.

Todo esto es algo muy positivo, tras un siglo casi perdido con científicos e intelectuales de trinchera, donde el mero hecho de analizar la naturaleza humana se convertía en algo sospechoso, y cualquier intelectual que reflexionara sobre los problemas sociales parecía obligado a tomar partido por alguna de las corrientes vigentes, aunque ello estrechara absurdamente su visión. Hemos visto a gente muy inteligente defender lo indefendible por la fidelidad mal entendida a sus escuelas, por el miedo a ser criticado por los suyos; quizá también por arrogancia.

Veremos si esta nueva visión interdisciplinar, y menos maniqueísta, llega a tiempo para promover la reflexión social que permita evitar la

regresión. En principio, no parece que ese paso hacia la sensatez haya sido secundado por el conjunto de la sociedad, que, muy al contrario, se muestra cada vez más polarizada en torno a las mismas viejas ideas extremas, que, en algún momento, pudimos sobrellevar, pero hoy pesan como losas y nos paralizan.

Para levantar la losa, abramos nuestras mentes. Aunque sea por un momento, olvidemos la refriega y rechacemos la fidelidad a escuela alguna. Volvamos a pensar, desde el principio, quiénes somos y cómo hemos podido llegar hasta aquí.

PRIMERA PARTE

EL PROGRESO

EL ORIGEN DEL PROGRESO

La preocupación sobre si la sociedad avanza o retrocede no deja de ser una inquietud moderna. Solo en los últimos siglos el hombre ha tenido la sensibilidad de valorar si las cosas iban a mejor o a peor. Hasta entonces, el objetivo único era la supervivencia diaria y carecíamos de cualquier perspectiva temporal. Pero, cuando las cosas empezaron a mejorar, pronto nos invadió la idea optimista de que tendrían que mejorar siempre necesariamente. Y a esa idea le pusimos un nombre: progreso.

No obstante, para centrar el asunto, hagamos las presentaciones pertinentes. Empecemos por precisar a qué vamos a referirnos cuando hablamos del progreso, y, después, presentaremos al otro gran protagonista: el ser humano.

1.1 Ideal, utopía y progreso real

El progreso es un ideal, pero es también una realidad que se plasma en elementos concretos. Interesa diferenciar ambos aspectos y valorar el nexo que los une.

Lo que debe preocuparnos (y de lo que hablaremos fundamentalmente) es el progreso realmente alcanzado, sus elementos concretos. Pero el ideal es también importante en sí mismo. Hay quien piensa que es la creencia en la utopía lo que nos anima y nos permite alcanzar esos logros concretos. ¿Es esto así? ¿Es necesaria la utopía?

La utopía es la imagen irreal de un mundo de perfección. No obstante, no todas las utopías son igualmente irrealizables. Para los esclavos de diversas épocas y lugares, podría ser una utopía pensar en su libertad.

Quien cree en la utopía sabe que es irrealizable en ese momento, pero alberga la esperanza, no del todo descabellada, de que sea posible en algún futuro, y piensa que sus rasgos deben inspirarnos para iniciar un cierto proceso de cambio. En particular, la utopía del progreso (o progresista) dibuja un mundo de libertad, paz, confort y tiempo libre, como aspiración colectiva, en el sentido de que todos aspiran a que todos lo disfruten. Es una utopía que aporta esperanza y, si los cambios que inspira están bien orientados, puede ser positiva.

Pero debemos diferenciar utopía y quimera. A diferencia de la utopía, la quimera es algo siempre irrealizable, pese a ser considerado realizable, incluso inmediatamente, por sus creyentes. Generosamente, algunos llaman utopía a las quimeras.

Los problemas pueden surgir cuando los creyentes se ponen manos a la obra y el sueño da paso a la ingeniería social. Creer que el progreso tecnológico, unido a unas instituciones sociales justas, debe traernos un mundo más feliz es una utopía loable, que podrá inspirar cambios positivos si acertamos al configurar esas instituciones sociales. Pero creer que podemos alcanzar ese mundo de perfección mediante la dominación, despreciando la libertad y la responsabilidad individuales, es una quimera que no puede traer nada bueno.

Lógicamente, quien cree en la quimera (y se siente capaz de implementarla ya) desprecia a quienes creen en la utopía. Así ocurre con los ideólogos y políticos quiméricos que explotan y manipulan las creencias utópicas de la gente. Los marxistas ortodoxos, por ejemplo, despreciaban la utopía. Para ellos, el comunismo no era una utopía, sino algo que debía ocurrir indefectiblemente. Por eso, denominaron a su socialismo como científico, y calificaron despectivamente a otros ideólogos que los precedieron como «socialistas utópicos».

Aun en el caso de las utopías saludables, la acción de perseguir la utopía entraña riesgos, no ya para quien lo practica, sino para el conjunto de la sociedad. De entrada, esa disociación entre gente que cree en la utopía y políticos o ideólogos que manipulan esa creencia es una permanente oportunidad para la tiranía. Y ese patrón es frecuente.

La realidad siempre es más complicada. No todo el mundo tiene la misma utopía. Unos pueden tener la de un mundo donde no sea nece-

sario trabajar, y otros la de un mundo donde a nadie le falte el trabajo. Unos la de un mundo donde no sea necesario el esfuerzo, y otros la de un mundo donde el esfuerzo siempre rinda frutos. Unos la de un mundo donde vivamos en ciudades inteligentes, y otros la de vivir en el campo. Entonces, ¿qué ocurre cuando las utopías de unos son incompatibles con las de otros? Todo el mundo pensará que su utopía es maravillosa y que cualquier cosa que se haga por perseguirla será válida, y serán perdonables los errores, porque, en la búsqueda de la utopía, uno actúa más allá del bien y del mal. ¿Qué hacemos cuando todo vale para buscar un objetivo que ni siquiera es común? De hecho, los errores son lo habitual. Por eso, ideólogos y políticos necesitan alimentar la utopía, para hacerse perdonar. Eso ha ocurrido siempre y sigue ocurriendo. Con el pretexto de la utopía, el fin justifica los medios. Y los medios pueden ser quiméricos en sí mismos, y provocar enormes daños sociales. Además de despreciar a la gente que no comparte la misma utopía, se desprecian también los efectos colaterales perjudiciales que siempre surgen. De hecho, se perdona la propia inutilidad del medio para acercarse al fin, como suele ocurrir. Al final, el único efecto es el colateral.

¿Realmente es la utopía lo que nos ha hecho progresar?

Creo que la utopía progresista nos ha ayudado a progresar, pero no lo ha hecho por igual en todos los momentos y lugares. Lo ha conseguido solo cuando se han descartado las quimeras, no se ha permitido que los fines justificaran los medios, y las instituciones que se forjaron bajo su inspiración se fundamentaron en un cierto consenso social. Evidentemente, no siempre ha sido así.

El ideal utópico exigente con los medios, y no quimérico, deja de ser un encantamiento para convertirse en una esperanza fundamentada. Lo cierto es que la gente no se mueve por la imagen de un mundo idílico, sino por la confianza en que su vida le irá bien. La gente busca sentirse bien, poder confiar en que la comunidad va a funcionar de un modo tal que una razonable dosis de esfuerzo individual sea suficiente para que a uno no le falte nada importante. La gente no ve ese cuadro como un sueño, sino como algo factible (aunque no asegurado), y la sociedad avanza cuando todo el mundo se siente así. Tal vez para algunos idealistas esa creencia racionalizada no sea exactamente una utopía, pero el hecho es

que el impulso aportado por esa confianza individual, sentida colectivamente, es lo que nos ha hecho mejorar. Llamémoslo, si se prefiere, el ideal progresista.

Lo analizaremos mejor si vamos a lo concreto y hablamos del progreso realmente alcanzado. Para definir lo que vamos a entender por progreso, identifiquemos los elementos reales y concretos que lo determinan. La lista puede ser subjetiva, pero huelga discutir la selección que pueda hacer cada uno. Esta será la que constituye el objeto de nuestro estudio.

Entiendo que existen cuatro elementos principales, en los cuales la sociedad ha alcanzado, en estas primeras décadas del siglo XXI, cotas superiores a las de ningún otro momento de la historia conocida. Habrá excepciones, pero el éxito alcanza a la inmensa mayoría de la población, al menos en nuestra sociedad occidental, a la que fundamentalmente me referiré.

El primer elemento es el bienestar material: no pasar hambre, no pasar frío y ser atendido en la enfermedad.

El segundo es el binomio libertad y seguridad, dos conceptos que deben valorarse conjuntamente. Vivimos hoy en la mejor época conocida, tanto si entendemos la libertad como ausencia de coacción, o no intromisión ajena para elegir nuestra vida, como si la entendemos en un sentido más amplio de libertad para «poder hacer» (alcanzada a partir del bienestar material), o la propia libertad derivada de no temer la violencia de los demás (la seguridad).

El tercero es la realización personal, que en gran medida es algo que se gana con el bienestar material y con la libertad, pero también con un modelo de sociedad abierta que ofrece oportunidades de trabajo y de modos de vida, o incluso con el disfrute de un cierto tiempo libre.

Y, por último, en cuarto lugar, el respeto a los demás, a las minorías y a todo tipo de grupos sociales, empezando por el más relevante de todos, si se puede calificar como tal, el respeto a la igualdad entre sexos, y alcanzando también a minorías étnicas, de orientación sexual, o incluso a quienes no tienen la capacidad física de conseguir su propio sustento, como los ancianos o los disminuidos; dicho de otro modo: el reconocimiento de la intrínseca dignidad humana. Algunos lo han llamado el progreso moral y, aunque no sea tan obvio como el científico, es también valioso.

Parece difícil no reconocer el éxito alcanzado en estos cuatro elementos. Es evidente que no se ha alcanzado la perfección; en algunos asuntos, aún queda mucho por hacer, pero es difícil discutir que estemos mejor que hace cincuenta años y mucho mejor que hace cien o doscientos.

No he mencionado otros elementos que se suelen asociar al progreso, como los avances científicos, o en los niveles de educación y cultura de la población, que serían más bien instrumentos para alcanzar los logros antes mencionados. El avance científico no es un bien en sí mismo si no va acompañado de una mejora en el bienestar, en la libertad, en la autorrealización y en el reconocimiento de la dignidad de la persona. Y la sociedad podría seguir progresando si hubiera un mejor desarrollo de sus instituciones sociales, aun estancado el desarrollo científico.

En definitiva, de todo eso vamos a tratar. Si alguien tiene otro concepto de progreso, bienvenido sea, pero no es el que trataremos.

Advirtamos, no obstante, que ni en el progreso ni en la regresión, los cuatro elementos mencionados evolucionan al unísono. Si observamos el presente, por ejemplo, el estancamiento en el bienestar material ha empezado ya, mientras que, por el contrario, los avances en el reconocimiento de la igualdad de la mujer aún ganarán terreno, a medida que la mujer saque provecho de la igualdad de oportunidades que ahora está consiguiendo. La historia no sigue leyes simples.

1.2 La naturaleza humana

Creo que necesitamos conocernos mejor a nosotros mismos. El estudio de la naturaleza humana ha sido siempre, además de una tarea apasionante, un motivo de discordia. Dirimir si somos egoístas o bondadosos por naturaleza ha sido una auténtica disputa ideológica, planteada casi siempre en términos extremos. Afortunadamente, en los últimos tiempos el debate empieza a flexibilizarse con nuevas visiones menos sesgadas, que nos servirán para orientar nuestro análisis. Realmente, la mente humana es compleja y operan en ella impulsos contradictorios. La historia de las sociedades humanas es la historia de la búsqueda de un equilibrio entre el egoísmo natural del ser humano y su entendimiento de la necesidad de respetar unas normas de convivencia. Las sociedades que

han conseguido mantener ese equilibrio de modo operativo han avanzado hacia el progreso.

Para empezar, cuestionemos lo que parecía incuestionable: la primacía de la razón. Una de las ideas propias de los siglos XIX y XX era que el hombre es un ser dotado de razón, y que tal cosa es lo que le ha permitido progresar muy por encima de los demás animales, además de hacerlo acreedor al reconocimiento de la dignidad humana, como fuente de sus derechos fundamentales. Eso es en gran parte cierto, pero no lo explica todo. La capacidad de razonar no ha acompañado siempre al hombre, o no en la misma medida; y, en todo caso, no es el único modo de conocimiento humano. Pensar que la razón es el único modo de conocimiento, o pensar que siempre es preferible a la no-razón, es tan erróneo como pensar que el hombre es todo bondad.

El hecho cierto es que el ser humano dispone de dos modos de conocimiento, que llamaremos el instintivo y el racional. El modo original es el instintivo, que es prerracional. El conocimiento racional es algo que llegaría solo después, cuando el hombre desarrolló una cierta capacidad cognitiva. Y esto no es agua pasada, porque no hay motivo para suponer que ese saber instintivo, que permitió la supervivencia humana durante mucho tiempo, haya desaparecido. Sigue ahí, aunque moleste a algunos, y sigue jugando un papel importante en nuestras sociedades, sobre el que no reflexionamos lo suficiente, quizá porque hemos entronizado a la razón. Podemos ver el conocimiento instintivo con mayor o menor simpatía, pero no ignorarlo. Si queremos verlo con simpatía, diremos que el instinto es lo que nos permite estar vivos, o que tener un «buen instinto» es casi sinónimo de inteligencia. Por el contrario, si queremos ver el lado malo, también podríamos decir que el saber instintivo es el mundo de los prejuicios, y de la manipulación de unas personas por otras.

El instinto primario del ser humano es el instinto de supervivencia. Por su propia naturaleza, es un instinto básicamente egoísta. Sin embargo, mucho antes de que se desarrollara el conocimiento racional, surgió ya un segundo instinto, una especie de hermano menor del de supervivencia, que sería el instinto social. Pronto entendió el hombre —y de hecho lo entienden también muchos animales desprovistos de razón— que la supervivencia es mejor si uno colabora con otras personas.